

JEAN-YVES JOUANNAIS

EL USO
DE LAS RUINAS
RETRATOS OBSIDIONALES

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *L'usage des ruines*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2012 by Éditions Gallimard
© de la traducción, 2017 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, fotografía de Stalingrado tras un ataque
aéreo alemán, de Emmanuïl Evzerijin (1942)

ISBN: 978-84-16748-26-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 537-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Donde se comienza, naturalmente, por saber más acerca del verdadero autor de esta obra...</i>	9
Naram-Sin de Acad	17
Albert Speer	23
Oscar de Andrade Guimarães	29
Peter Aloysius Tromp	33
Stig Dagerman	39
Włodzimierz Bogacki	45
El coronel Louis Archinard	51
Otto von Gentz	55
Emmanuil Evzerijin	61
Escipión Emiliano	67
Shang Yang	73
Victor Klemperer	77
Ibrahim Abdulhamid	83
Marco Antonio Primo	89
Ezéchiél du Mas, conde de Mélaç	95
Peter J. Bibring	99
Agis II	105
Bernardo Bellotto	109
Johann Tserclaes, conde de Tilly	113
Sapor I	119
Irma Schrader	123
Enrique II, duque de Rohan	129
<i>Donde se termina, tal vez un poco tarde, por comprender de forma más precisa lo que quiere decir «obsidional»</i>	133

NARAM-SIN DE ACAD

Un caudillo guerrero de cabeza de bronce en los desiertos de una Siria que aún no resulta propio llamar así. Tres milenios antes de nuestra era. Naram-Sin, rey de Acad, busca la guerra detrás de su máscara. ¿Era Naram-Sin el que había detrás de esta máscara, o su abuelo Sargón? Es una fase muy temprana de la Historia. Nada es seguro a semejante distancia, cuando el índice de refracción del aire se ve alterado por la incandescencia de las arenas. ¿A quién se pretendía amedrentar con esa barba metálica en unas regiones tan poco frecuentadas y en unos tiempos en que las metrópolis eran tan nuevas y raras? El arqueólogo Paolo Matthiae dio con el nombre de una de ellas: Ebla. Albergas, viviendas, templos, inequívocamente destruidos como consecuencia de un asedio y posteriormente de un incendio, como los restos de un cuerpo reconstituido que permiten su identificación, eran reunidos de nuevo para crear las condiciones de una ciudad, y para que naciera una historia. Y sobre todo, en el corazón de Ebla, unos archivos: diecisiete mil tablillas en caracteres cuneiformes. Fragmentos de epopeyas, informes de relaciones comerciales, himnos religiosos, tratados diplomáticos, inventarios de objetos y de nociones olvidadas, crónicas, comenzaron a contar, primero tímidamente—de hecho, con una sintaxis tan antigua como incomprensible—, y luego con más aplomo, la historia de un imponente imperio semita desconocido hasta entonces, cuya capital era Ebla. Entre Egipto y Mesopotamia había florecido una civilización. Los reyes de Ebla habían firmado tratados con Asur, ciudad a orillas del Tigris, y con

Hamazi, más lejos en dirección este. Desde los cuatro puntos cardinales del país aflúan las tribus. Ebla se había convertido, en el año 2400 antes de Cristo, en una ciudad próspera bajo el reinado de cinco monarcas sucesivos. Su poderío era tal que se alzaron en armas contra Sargón de Acad, fundador del primer imperio que dominó el valle del Éufrates. De él se sabe que sometió a los otros grandes reinos del norte de Mesopotamia y de Siria después del año 2340 antes de Cristo, entre ellos el de Ebla. En la placa conmemorativa de la victoria de Sargón se dice: «Veneraba al dios Dagan, que le concedía desde ese momento la parte alta del país con Mari, Yarmuti y Ebla, hasta el bosque de cedros y la montaña de plata». Parece que Sargón no destruyó la ciudad, sino que más probablemente la sometió a vasallaje tras una victoria en el campo de batalla.

Fue un siglo más tarde cuando el nieto de Sargón, Naram-Sin, se apoderó de Ebla, que destruyó e incendió con sus preciosos archivos. En el monumento a su gloria, mandó escribir: «Naram-Sin el fuerte, el conquistador de Ebla, nunca antes sometida». La gran mayoría de las tablillas se encontraba en la «sala de los archivos» del palacio. Estaban clasificadas por temas: registraban los encargos de telas; los inventarios de metales preciosos, de cobre; las listas del léxico sumerio y los textos de la cancillería; la contabilidad de las actividades agrícolas. Y luego había otras tablillas, repartidas por otras estancias del palacio, que documentaban la administración del reino durante los tres últimos reinados que precedieron a su destrucción. Las tablillas estaban redactadas mayoritariamente en sumerio, pero igualmente en una lengua semítica desconocida con anterioridad y que fue bautizada como «eblaíta».

Naram-Sin, nieto de Sargón, está en guerra. Desde su advenimiento, ha tenido que sofocar una revuelta. En el norte ha llevado a cabo expediciones contra los hurritas. Ha emprendido otras campañas en el norte de Siria y en el curso inferior del Tigris. Ha capturado a Mannudannu, rey rebelde de Magan, y ha intervenido en Elam. Sin nunca abandonar las armas, ha restaurado la integridad del imperio y se ha hecho proclamar «rey de las cuatro regiones». Ahora busca Ebla para castigarla. Su ejército es inmenso, no una simple horda. Está articulado en divisiones. Cuadrados de metal que reflejan el sol, dibujan dameros, y el polvo que los sigue. Naram-Sin, detrás de su máscara de bronce, visualiza la silueta de las murallas de Ebla, rumia por dónde va a abordarlas, a socavarlas, a franquearlas. Se acuerda de Sargón mientras lee las memorias de guerra de un rey asirio: «Yo les corté la cabeza, a otros los quemé y, tras haber amontonado a hombres vivos y cabezas cortadas delante de una puerta de la ciudad, me senté encima de ellos. Hice empalar a otros en estacas. Destruí su ciudad, la reduje a montones de ruinas». Asimismo se acuerda de Sargón, cuando le contaba cómo se había apoderado de Ur, de Umma, de cómo en Eninkimar, puerto de Lagash, había «lavado sus armas en el mar» como prueba de su poder sobre el país de Sumer.

Pocas cosas hacen a un hombre. Una suma mediocre de carácter y de decisión lo resume. Y luego la Historia se encarga de simplificar de nuevo la ecuación. Como todo hombre, Naram-Sin se vio movido por una añoranza, un recuerdo inverificable, una culpabilidad inexplicable, una frase mal interpretada, un puñado de deleites y la vergonzosa creencia en un destino. Cuando Naram-Sin va a devastar Ebla es un genio magnético, un hombre fuera de lo común, un ase-

sino ajeno a la conmiseración porque ésta no ha sido inventada todavía. La parte baja de la ciudad es cerrada. Está construida sobre un terraplén. La base de los muros es de unos cuarenta metros de ancho, y su altura alcanza los veintidós metros. Su defensa se halla reforzada por fortines. Tres mil personas viven intramuros. Pero los suburbios y los pueblos de alrededor comprenden veinticinco mil habitantes. Tras cuatro semanas de lucha, de labor de zapa, se abren dos brechas. La población es exterminada. Ebla, abatida, arde durante dos días y dos noches. Los estantes que guardan las tablillas de los archivos se consumen. Pero el fuego, que hace desaparecer la ciudad, cuece la arcilla de las tablillas, preservando los textos para la posteridad.

La máscara de bronce de Naram-Sin tal vez escondía, según la tradición, a un rey impío, a un hombre nefasto. ¿Lo que había hecho con Ebla confirmaba su reputación, o se inscribía en falso contra la leyenda? ¿El personaje, sus gestos, contenían algo a título de objeto? En caso afirmativo, ¿qué era, una percepción, un deseo, una creencia? ¿Podría ser que reducir una ciudad a la nada, a su población a un osario, haya podido ocultar una verdad distinta cincuenta siglos antes de la invención de la intencionalidad? Porque, de hecho, lo que Naram-Sin hizo realmente fue abrasar una ciudad para preservar y transmitir sólo la memoria del nombre de Ebla; no sólo su nombre, sino también el paisaje de sus campos de cereales, de sus hectáreas de olivar, el ruido de los talleres de quinientos herreros agregados al servicio del palacio, el inventario de los cargamentos de lapislázuli procedentes de Afganistán, los muebles adornados con figuritas de mármol, las mujeres con elementos de tocado de esteatita, la figura del dios de la tormenta Adad,

la sala de las audiencias, en la parte alta del palacio, el ganado de noventa mil carneros, las decenas de miles de soldados muertos en las campañas contra Mari o Tuttul. He aquí lo que hizo Naram-Sin—sin nunca descubrir las intenciones que abrigaba detrás de su máscara de bronce—: aniquiló una ciudad y le hizo el regalo de no ser olvidada nunca jamás.

ALBERT SPEER

Teufelsberg, la Montaña del Diablo, es una colina de ochenta metros que se alza en el antiguo Berlín Oeste. Se trata de un montículo artificial, erigido siguiendo las directrices de los Aliados tras la Segunda Guerra Mundial respecto a los escombros de Berlín durante los veinte años de reconstrucción de la ciudad. Se estima en doce millones de metros cúbicos la masa de escombros allí amontonados, o sea, el equivalente de unos cuatrocientos mil edificios. Teufelsberg no tiene nada de único: existen numerosos montículos similares en Alemania y en otras ciudades europeas devastadas por la guerra. Lo que le distingue de otros tiene que ver con lo que hay enterrado debajo: una universidad nazi ideada por Albert Speer, arquitecto del Tercer Reich, ministro de Armamento y Construcción del Reich. Los Aliados trataron de destruir el paraje, pero había tantos búnkers en el subsuelo que resultó más fácil enterrar el conjunto.

Dentro de la familia de los escombros, Teufelsberg pertenece por derecho propio a lo que podríamos denominar los *tumuli* de colaboración, diferentes por varios conceptos de los *tumuli* de infamia. No parece inapropiado el término de *tumulus*, dado que designa un cerro artificial que recubre una sepultura. Los *tumuli* de infamia son la puesta en escena que hace el vencedor—típica de una propaganda vindicativa y vengativa—de los vestigios de una ciudad deruida. Estos testimonios de una debacle son abordados a la manera de esos trofeos elevados en los antiguos campos de batalla al día siguiente de una victoria. En cuanto a los *tumuli* de colaboración, son construcciones deseadas por

el vencedor, pero realizadas con la aprobación y el celo vergonzantes del vencido. En el caso de Teufelsberg, la edificación del *tumulus* es una decisión de los Aliados, pero son los alemanes los que la realizan. Y durante veinte años, cargamentos de piedras tras carretadas de tierra, los vencidos serán obligados a recrear la escena infamante de su Gólgota, a alzar por ellos mismos el monumento de su culpabilidad y de su decadencia. Para hacerlo, inventarán una estrategia que les permita maquillar como un triunfo ese ritual de aflicción. Así, la cantera estará salpicada de fiestas de obediencia estajanovista, cuando se trate de celebrar la tonelada número cinco mil de escombros, la tonelada diez mil, la veinte mil, etcétera. En todas estas ocasiones, un panel fijado sobre la calandra de los camiones, unas guirnaldas de flores, fanfarrias, discursos con los pies metidos en el fango de la cantera, brindis sin fin con objeto de celebrar lo que había de ser callado. Es así como la construcción de ese trofeo invertido, de esas escaleras de los infames castigos germanos que erigieron los alemanes, es dramatizada de acuerdo con los principios de la guerra industrial y de los planes quinquenales de la victoria. La guerra se desarrolló ciertamente en los frentes, pero también en las minas, en las fábricas, en las administraciones. La aceleración del ritmo productivo era celebrada por la propaganda del mismo modo que las victorias estratégicas. Es así como el *tumulus* infamante de Teufelsberg se alza no entre gemidos de humillación, sino bajo los pretendidos auspicios del éxito, con el impulso de una victoria industrial, por más que ésta estuviese perdida desde hacía mucho tiempo. Es como dar forma de hazaña a una ecuación de derrotas, erigir sus propios tótems al nuevo dios del progreso para así maquillar mejor el escandaloso pedigrí de este último, pequeña divinidad sin culto dedicada a todos los combatientes derrotados y a otros vencidos.

Teufelsberg no es simplemente un cúmulo de ruinas, una masa de materiales desprovista de corazón, sin razón de ser. Como allí yace el edificio de Albert Speer, esa montaña es una tumba nazi. Y todo cenotafio, sea cual sea el espíritu que ha contribuido a su erección, exige maquinalmente respeto y apela a su recuerdo. Enterrar unas ruinas bajo otras ruinas es a la vez santificar a las primeras fingiendo soterrarlas. Pues, paradójicamente, enterrar ese edificio no tenía mucho sentido en el marco de una desnazificación de la nación y de sus paisajes, sino que señalaba más bien una voluntad de impedir su devenir ruinas a los símbolos del régimen. Albert Speer profesaba, efectivamente, una concepción de la arquitectura como gesta mítica estrechamente ligada a la esencia ideológica del nazismo. Había hecho suya una doctrina que databa del siglo XIX, debida al arquitecto alemán Gottfried Semper y llamada *Ruinenwerttheorie* ‘teoría del valor de las ruinas’. Según este razonamiento, sostenido apasionadamente por Hitler, toda nueva construcción debía ser pensada y realizada con el único propósito de producir unas hermosas ruinas. El valor estético y también propagandístico de todo edificio resultaba exclusivamente dependiente de lo que prometía como vestigio. La arquitectura se trocaba entonces en una escultura de la derelicción futura. Pretendía ser, ciertamente, un homenaje a la grandeza del Tercer Reich, pero una grandeza que integrara su decadencia, a imagen de las imponentes ruinas de Grecia y de Egipto.

«Para ilustrar mis ideas, hice dibujar una imagen romántica del aspecto que tendría la tribuna del Zeppelinfeld después de varias generaciones de descuido. Cubierta de hiedra, con los pilares derruidos y los muros rotos aquí y allá, pero todavía claramente reconocible. El dibujo fue considerado una “blasfemia” en el entorno de Hitler. La sola idea de que hubiera pensado en un período de decadencia del

imperio de mil años que acababa de fundarse parecía inaudita. Sin embargo, a Hitler aquella reflexión le pareció evidente y lógica. Ordenó que, en lo sucesivo, las principales edificaciones de su Reich se construyeran de acuerdo con la “ley de las ruinas”». ¹

Uno de los primeros encargos de Speer es el Reichsparteitagsgelände de Núremberg, marco de los congresos del partido y de los desfiles militares filmados por Leni Riefenstahl en *El triunfo de la voluntad*. El proyecto se inspira en el gran altar jónico de Pérgamo, pero aumentado a unas proporciones gigantescas. Con ocasión del congreso del partido en 1934, Speer sitúa ciento cincuenta proyectores anti-aéreos en torno al lugar. Ello crea el efecto de una «catedral de luz», según la expresión del embajador británico Neville Henderson. Encontramos en este caso un dato fundamental de la «teoría del valor de las ruinas»: partir de un modelo que es él mismo una ruina, el fruto de una consunción lenta y transhistórica, el curso inverso, afrontado a contracorriente, de toda edificación en el corazón de un presente inactual. La famosa catedral de luz puesta en escena en esta ocasión testimonia a su manera una disposición de espíritu semejante. Las luces verticales de los proyectores formando un edificio en el momento de su espectacular acción se veían aumentadas con un aura creada por la promesa de su extinción. Desde 1934 se halla, pues, fijada la premisa de una construcción como anticipo de su desaparición. Si se aspira a que el Reich siempre renazca de sus ruinas, es preciso programar estas últimas para que puedan desempeñar este papel. Un papel no de conclusión, sino de impulso, de inspiración, de modelo, de indestructible relicario de la fe.

¹ Albert Speer, *Memorias*, trad. Ángel Sabrido, Barcelona, Acantilado, 2003, p. 106.